





TRES, DOS, UNO...

TRES CITAS, DOS ESTUPIDECES  
Y UN FINAL... EVIDENTE



Mary Pérez

TRES, DOS, UNO...

TRES CITAS, DOS ESTUPIDECES  
Y UN FINAL... EVIDENTE



Primera edición: mayo 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mary Pérez

ISBN: 978-84-19340-24-5

ISBN digital: 978-84-19340-25-2

Depósito legal: M-13501-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*(Especialmente) a todos los que necesiten un empujoncito para sacar a la luz todo su potencial en cualquier ámbito de la vida. Espero que estas líneas les hagan conscientes de que son seres maravillosos; y (también) a todos los que no lo necesiten y tengan la dicha de ser conscientes ya de lo maravillosos que son.*

*Deseo que disfruten leyendo esta historia.*





# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	11
INTRODUCCIÓN.....	13
PRIMERA PARTE. EL PRÓLOGO .....	21
1. PUENTE DE VALLECAS.....	23
2. AÑO NUEVO, ¿HOMBRE NUEVO?.....	33
SEGUNDA PARTE. LA HISTORIA .....	65
3. DON JUAN DE LA LATINA.....	67
4. ALCALÁ... ¡DE HENARES! LA PRIMERA CITA.....	77
5. CAUSALIDAD... ¿CASUALIDAD?.....	95
6. RUNNERS DE EXTRARRADIO.....	107
7. UNA NOCHE «ROMÁNTICA». LA TERCERA CITA .....	123
8. SEMANA TIBIA .....	157
9. ROZANDO LA SICOPATÍA. PARTE I.....	183
10. ROZANDO LA SICOPATÍA. PARTE II.....	201
POSDATA .....	207
TERCERA PARTE. EL EPÍLOGO.....	213
11. SI VOLVIERA A NACER.....	215
12. <i>SMASH</i> PERDEDOR .....	237



## AGRADECIMIENTOS

A Ignasi Taltavull y Tomás Fuentes, motivadores, sin saberlo, con su programa *La Ruina*, de la puesta en negro sobre blanco de la propia «ruina» contenida en esta novela.



## INTRODUCCIÓN

Hola, ¿cómo estás? Como has abierto el libro por aquí, y todavía estás a tiempo de cerrarlo y dejarlo donde lo encontraste sin haberlo siquiera empezado, voy a tratar de convencerte de que no solo no lo dejes, sino también de que te hagas con él y de que no pares de leerlo hasta que te lo acabes. Para ello, voy a contarte un poco de qué va todo esto. Antes de acceder al universo en el que te adentrarás con la historia que se narra en las páginas que tienes entre manos, tienes que saber que lo que vas a encontrar aquí puede generarte sensaciones puntuales de vergüenza ajena; puede, también, que te provoque algo de rabia al sentir en carne propia lo que le ocurre al protagonista sin poder evitar que le suceda lo que irremediamente le tiene que suceder. Del mismo modo, no te voy a engañar: no todo lo que vas a leer tiene por qué resultar penoso. En absoluto. Quien más, quien menos, ha sufrido en el amor agravios y desencuentros de diferente índole. Y, para cada experiencia, hay una explicación. Un sentido. Si te enfrentas con amor y la máxima empatía a cada página no solo comprenderás lo que aquí se cuenta, sino que entenderás, igualmente, las causas de los desafortunados episodios que se narran; eso te hará sentirte identificado con él. Sí. Y te identificarás también con los resultados que se dieron, pues todos hemos ganado y perdido en las relaciones amorosas; todos hemos experimentado momentos de alegría y momentos de tristeza... Lo mismo esa vergüenza ajena, esa identificación, termina tornándose en risa. Espero que así sea.

En este libro no se trata de hablar de amor, solamente, aunque el amor lo envuelva todo. Se trata de hablar de personas, de cómo nos relacionamos con nosotros mismos y con los demás. Y si hay alguien entre esos demás, por encima de todos, capaz de hacernos de espejo de lo más destacable y de lo más reprobable, a la vez, de nosotros mismos, sin duda, ese alguien es la pareja. ¿Qué tiene la relación, en este caso, entre el hombre y la mujer, que nos une en un momento concreto y aleatorio para compartir la vida, y nos lleva a cotas tan altas de enfrentamiento con el Ser de cada uno? Y con su amor, y con su miedo; y con sus emociones, sus sentimientos, sus deseos más profundos y sus secretos más ocultos... Con todo. Con nuestros «yoes». Esas vivencias de pareja son las que le darán a este texto su relevancia; el jugo del que extraer algo para tu entretenimiento o para tu reflexión. Las que te transportarán a tu propia experiencia personal o a un lugar ajeno que quién sabe si aún estás por transitar. Yo, solamente, te aviso, por si acaso...

Y, para lograrlo, he querido hacerlo desde una bonita historia que le pasó a un amigo. Bonita, para mí, por lo que he podido sacar de ella; para él, quizás no tanto, pues el trauma temporal que le supuso lo dejó noqueado durante un tiempo. Una aventura lo suficientemente ruinoso que podría haber tocado de lleno su centro de flotación y hundido su autoestima en las relaciones con el sexo opuesto, y a él con ella, por una larga temporada. ¿Lo haría? Tendrás que descubrirlo.

Fue una tarde de verano cuando, despidiéndonos tras un día juntos, donde habíamos estado comiendo y tomando algo en una larga sobremesa, después de un par de meses sin vernos, se sinceró conmigo. El que nos hubiéramos visto poco en aquellos últimos tiempos no era casualidad. Vivíamos relativamente cerca, pero el ritmo diario de cada uno exigía, para poder quedar, unos juegos malabares con los horarios que no eran sencillos de hacer con frecuencia. Sin embargo, una de las cosas que nos había impedido cuadrar agendas, pese a nuestra habilidad para «clavar» esas piruetas espacio-temporales, últimamente, había sido que mi querido

Flavio había estado saliendo con una chica durante más de tres semanas: tres semanas en las que había desaparecido para mí y para el resto de amistades (y del mundo, en general...). En el transcurso de aquella «relación» suya, habíamos hablado un par de veces por email, así que sabía que había conocido a alguien; pero daba por hecho que la cosa iba por cauces «normales». Cuando, aquella tarde, al despedirnos, me contó lo que le había pasado, la sobremesa hubo de reanudarse y prolongarse hasta la noche.

Esa historia, que me contaba a caballo entre la vergüenza y el ridículo, no podía quedar solo en una anécdota. Han pasado los años y, con el bálsamo del tiempo y la sabiduría de la experiencia, quizás sea momento de que salga de nuestra privacidad y la pueda conocer todo el mundo. Lo que en inicio puede tomarse como trágico, el tiempo lo convierte en humor, y eso es ya un motivo para compartirlo. Si, además, el protagonista no solo ha superado ese pequeño trauma sino que, para fortuna de todos, también le apetece contarlo, poco más hay que decir. Que espero que te rías con las historietas que lo componen y que te haga pensar la moraleja con la que se concluye.

Ah, una cosa importante: podría transmitirme yo misma lo que me contó Flavio, pero le faltaría fuerza. Solo el que ha sentido en su propio ser las emociones provocadas por cada una de las situaciones experimentadas en los acontecimientos que aquí se narran puede transmitirme la verdadera potencia de su mensaje. Así que, en este momento, me echo a un lado y dejo paso al protagonista de verdad. Yo esperaré paciente a que termines y, al final, volveré para hacerle unas preguntillas a Flavio sobre todo esto que seguro que te hacen cuestionarte, también a ti, lector, muchas cosas.

Que tengas una bonita lectura.

MARY PÉREZ





Me llamo Flavio. Y, sin duda, es una alegría que nos encontremos. Después de la advertencia de la autora (no me podrás decir que no te avisaron con tiempo), lo que me hace dejarme caer por esta introducción, antes de que te sumerjas con atención plena en el disfrute de este escrito que ponemos a tu disposición, es el intentar explicarte, lector, algunas cosas que serán útiles para su lectura, desde mi punto de vista. En un principio, este prólogo iba a ser mi aportación al libro. La idea era presentar este texto sobre esas vivencias anticipadas anteriormente en las relaciones de pareja con una modesta y sencilla entrada. Nada más. Sin embargo, si la historia que se iba a contar era mi historia, ni el mejor escritor del mundo podría narrar con más pasión y víscera, por mucha información que yo le diera, lo que en efecto me sucedió. Es por eso que nos pareció mucho más oportuno que fuera yo directamente el que la pusiera por escrito, con ayuda de la autora, y que ella abriera y cerrara el libro. Al fin y al cabo, se trataba de contar lo que le había pasado a un tipo que conocía como si fuera yo mismo...

Contar con detalle aquel *affair* no me resultará complicado. Aunque aparcado en el olvido, por la propia naturaleza del tiempo, inexorable, y por mi propia precaución (supervivencia pura y dura), si tengo que revivirlo dispongo de nexos en la memoria para acercarme con facilidad a aquellas semanas. Ocurrió hace tiempo. Mucho tiempo ya. Es un relato divertido, en general, créeme; aunque también un pequeño drama personal para mí, te lo aseguro, que me dejó tocado durante una buena temporada, pero que, con el pasar de los meses, entonces, y ya con los años, se ha ido vistiendo de comedia. A veces con mayor necesidad, a veces con menor, lo que parece inapelable es el cauterizante carácter del tiempo para las heridas y su analgésica naturaleza para el dolor de los recuerdos, ya sea por la propia supervivencia que, para que se dé, arrasa con la

pesadumbre que en su momento generaba aquello que ya no sirve; o por las experiencias superpuestas que, con el transcurrir de los años, van cubriendo las capas de la memoria, dejando cada vez más ocultas aquellas aficciones. Si aun así sobreviven, es difícil no ver la vis cómica de lo trágico. Al menos desde fuera, aunque también se haga fehaciente para uno mismo que la viga propia ya no pesa tanto... Si el que lo ve es el propio protagonista (como es en este caso) es que está más que superado.

Lo que me dispongo a contar es una sucesión de acontecimientos auténticamente ruinosos de los que soy actor principal (y responsable) para, con perspectiva, poder tornar el ridículo personal de cada episodio en una simpática anécdota, un poquito de vergüenza ajena y seguro que algo de diversión para todos los que, de mi mano, puedan conocerla. Y para dejar mucho aprendizaje también. Eso siempre, desde luego. Aprendizaje acerca de las relaciones de pareja; acerca de cómo dejar de ser tú\* para gustar a alguien que, en realidad, se acercó, precisamente, por lo que realmente eras; aprendizaje acerca del amor propio y la ilusoria necesidad; o aprendizaje sobre el ego, ese «bicho» interior que nos maneja (si se lo permitimos). También dejaré, estoy seguro, lecciones prácticas para ligar, por qué no, enfrentando lo que se debe y lo que no se debe hacer (desde una perspectiva personal y subjetiva, válgame, señor: no es más que mi experiencia) para atraer la atención de alguien o, en su defecto, para mantener a tu lado a alguien a quien gustas. Si hay algo que la vida te regala, si estás atento, hasta en la experiencia más abominable, en la vivencia más dramática que puedas haber vivido, es el inestimable presente que es salir «aprendido» de ello.

¿Cómo me pudo pasar algo así con la historia personal que tenía detrás? Después de haber roto con ideas y prejuicios tan difíciles de superar, ¿cómo pudo descolocarme tanto una mujer habiendo dejado en la cuneta creencias tan limitantes e inseguridades tan enraizadas relacionadas con mi interacción con el sexo opuesto? ¿Me confié demasiado, quizás, y eso, inevitablemente, me condujo

a la complacencia? Nunca lo sabremos... Lo que no admite duda es que, cuando parecía que la cosa estaba arreglada, que estaba hecho todo un campeón, el destino fue y me puso enfrente un examen de reválida... ¡Y vaya examen! ¡Mira que había aprendido con las lecciones del pasado! Sin embargo, esta, se me complicó; una lección en la que había temas que no debían de haber quedado tan claros. Necesitaba darles un repaso. Y, créeme, hubo repaso, pero por obligación.

Pero bueno, que me lío, que esto era solo una introducción. Esta que tienes por delante en las próximas páginas es mi historia, la historia de Flavio; una ruina propia (una de tantas vividas, una de tantas por vivir). Te invito a que te zambullas junto a mí en el fango de mi historia personal; a revolcarte conmigo en un montón de mierda gigante sin dejarte mal olor, y ni un rastro de manchas. Espero que la disfrutes. Adelante.

FLAVIO

\* Nunca dejamos de ser nosotros mismos. Si actuamos de una manera diferente a la habitual, no es que no seamos nosotros mismos; claro que lo somos, lo que ocurre es que nos ofrece una parte nuestra inusual que no nos gusta. Pero no puedes dejar de ser lo que eres. Y si eres capaz de ser una sola vez así, es porque también eres así. Tú solo eliges si le das lugar o no a ese «yo». La expresión «dejar de ser uno mismo» me parecía útil para explicar la idea.



## PRIMERA PARTE. EL PRÓLOGO

O de cómo los hechos que precedieron a la trama de este relato, esenciales para relacionar la realidad del protagonista con su extraño comportamiento posterior, resultaron un agravante de lo acontecido en la principal cuestión.



## 1. PUENTE DE VALLECAS

—Hablamos, ¿vale? —dijo Daniela justo antes de salir del coche dando un portazo.

Así, fuera de contexto, cualquiera que escuchara ese «hablamos» no pensaría en otra cosa que en que, la que lo decía, lo que pretendía era volver a hablar con el interlocutor en otro momento, más adelante, ¿no? Esa pregunta, retórica o cerrada, como quiera que sea el objeto con el que se pronuncie, parecía, tal y como estaba enunciada, albergar la semilla de una conversación próxima. En mi mente «aspergeriana», a la que le cuesta entender las cosas fuera de la literalidad (e ilusa, también, de quien se quiere aferrar al último clavo de la tierra, flotando como un tropezón en magma), incluso tal y como se habían dado los acontecimientos, en un escenario como el que acababa de vivir, era una manera común de despedirse. Pero aquí la cuestión no iba de ver, sino de querer ver.

«¿Qué puede tener de raro? Si no quisiera volver a hablar, no lo diría», me preguntaba yo, en el silencio del asiento del conductor, con el zumbido del portazo aún retumbando en los cristales. Pues el contexto, obviamente, el contexto... Eso es lo que tenía de raro. Ya el hecho de preguntarse eso, ¿no indicaba algo raro en sí mismo? ¿O su cara de culo no servía como señal? ¡Si para contestar ni siquiera había mirado, y tenía medio cuerpo fuera del coche! «Pues sí, ya hablaremos», pensé.

Pero a quién quería engañar. No volveríamos a hablar (jamás): ahí acababa la historia. Sentado al volante de un Renault Clio, negro, un poco abollado, bastante machacado y de dudosa fiabilidad

en cuanto a lo que a seguridad se refiere (aquel «ruidito» del embrague no debía de ser de mucha confianza para el que se sentara al lado, y ella lo había venido escuchando en demasiadas ocasiones durante las últimas semanas...), vi alejarse a Daniela, camino de su curso de formación, entre los coches, autobuses y transeúntes que entretejían los hilos de ese ovillo que era el nudo de Puente de Vallecas a mediodía en un día laborable, confluencia de una parada de metro, dos de autobuses de la EMT, la entrada y salida a la M-30, y la bocacalle que enfila la avenida de la Albufera. Con el libro que le había regalado, aún sin desenvolver, dentro de la bolsa, junto a dos sobres, en la mano del brazo de cuyo hombro colgaba su bolso, y la carpeta con los apuntes en la otra, desaparecía confundéndose entre anónimos semejantes mi efímero sueño de un mes de primavera; un mayo eterno, pero a la vez tan corto que solo duró diecinueve días. Y no era un guiño al maestro (no hubo quinientas noches. Más bien, hubo pocas. Bueno, en realidad, que contaran de verdad, no hubo ninguna...). No. Era una broma del destino. Una pequeña ruina. ¿Dónde se había metido Flavio en estos primeros días de mes? Sí, yo, Flavio, el protagonista. No el guiñapo, pelele, que volvía a casa conduciendo su Clio negro por la M-30 después de terminar de rematar la actuación más bochornosa de su corto y lineal currículum amoroso. Pero bueno, no nos precipitemos. Dejemos los juicios para el final, y para ti, lector. Volvamos, ahora, al principio. Al final del mes de abril.

Solo habían pasado cuatro meses desde que me separara de Gema. Escaso lapso de tiempo para trascender más de cuatro años juntos compartiendo momentos, un intervalo de reflexión para mí solo y ni siquiera un par de años de una segunda parte que tampoco había sido buena; porque no sé si se puede decir que nunca lo son, pero esta, créeme, no lo fue. Pese a querer arreglar las cosas comprando una casa, pasando al «siguiente nivel», el de la hipoteca; en un «no podemos seguir así, necesito avanzar» donde avanzar te deja en el mismo sitio, pero cambiando el decorado. Porque para avanzar hay que querer aceptar que ciertas



cosas quedan atrás, y que puede que queden atrás para siempre. Avanzar hacia ningún sitio queriendo cambiar una realidad, a la vez que se pretende conservar la misma, en esencia, es una neurosis (también en esencia), un autoengaño tremendamente rebuscado. Una pequeña proliferación de células malignas en mi piel, que afectaban ya a nivel interno, y que no se pudo extirpar del todo en una primera intervención terminó de afectarme lo suficiente como para querer acabar con todo y rematar una relación, muerta ya hace tiempo, que no tenía arreglo. En ese entorno, de tóxico parloteo de mi mente de sol a sol, la ansiedad de estar forzando algo que no iba a ningún lado asolaba mi día a día. Sentir que mi salud se estaba viendo afectada fue la señal en la que me apoyé para justificar un cambio. Porque siempre justificamos lo que hacemos. Siempre encontramos una explicación a nuestros actos, sobre todo a aquellos de los que no nos sentimos demasiado orgullosos. A posteriori, eso sí. Para sentirnos tranquilos. Puedes contarle la milonga que te venga bien, a cualquiera, para darle un sentido a las cosas, tal y como entiendes que deben conocerlas los demás, a fin de no dañar a tu conciencia; para que nadie te ponga en el compromiso de mirarte dentro y hacerte revisar tu incoherencia, la fortaleza de tus principios morales. Pero al que no vas a poder engañar es a tu compañero de viaje. A ese no: a ti mismo no te la cueles. Es complicado, y mira que lo intentamos... Mi losa diaria no engañaba, aplastando mi ánimo a ras de suelo. Penoso hastío.

La noche previa a la segunda intervención (y, gracias al cielo, definitiva), durante una gélida conversación en medio de una cena, ya de por sí fría, con toda la asertividad de la que disponía en ese momento, saqué el valor que no había tenido hasta ahora para afrontar la realidad y hacer lo que realmente quería hacer.

—Mis amigas me dicen que no es normal que me hables así. Que no me respetas.

—Hemos terminado.

—¿Qué?

—Sí, que hemos terminado. Ya no quiero ser culpable de todo esto. No tendrás que soportar más mis impertinencias...

—Pero qué estás diciendo, ¡acabamos de comprar una casa!

—¡A la mierda con la casa! Ya veremos qué se hace con ella. O se vende, o... ¡qué sé yo! Pero yo ya no quiero esto.

El arresto que no había juntado en año y pico para decir «hasta aquí», ni tras dejarlo, por primera vez, para no volver a intentarlo, sobrevino de golpe para contestar sin miramientos el primer reproche del diálogo. La tristeza en su rostro resbalaba hoy en mi estado de ánimo. No desde la indiferencia, sino desde la necesidad. Era como si la expresión física de sus emociones no tuviera impacto alguno en mis neuronas espejo. De hecho, ya no tendría jamás el efecto que hasta entonces había tenido en mí. Ese que me había hecho recular; el que sacaba mi debilidad, mi sentimiento de culpa; esa insoportable sensación que me provocaba el pensar que el dolor de la otra persona era fruto de mis (en teoría) execrables actos, de mis detalles inconscientes... ¡hasta de mis pensamientos no compartidos!, pues con esa actitud no me mostraba como me debía mostrar. No era quien debía ser, para ella. Pero hoy no sería igual. Ya nunca sería ya igual, con ella, claro. Ya no.

Hablar con respeto, caminar de la mano hasta el coche, dormir juntos una última vez, charlar con tibieza en el baño, mientras ella se duchaba, temprano; conducir durante un trayecto en coche hasta el hospital plagado de preguntas inconexas sin respuesta... Fue un acto final, este, epílogo plagado de gestos postreros testigos de cómo la tristeza y la madurez competían, desde la calma y el sosiego, por un lugar, sin embargo, compartido, y, a la vez, para las dos, necesario: una, la tristeza, se requería para sentir lo que se estaba viviendo; otra, la madurez, para convivir durante un día más honrando esos años juntos con más cosas buenas que malas, siendo honestos, pese al resultado final, en el cómputo general; para velar, en definitiva, a ese muerto que era lo nuestro con entereza y memoria. El fin de aquel año, horrible en lo emocional, ponía final no solo a la relación, sino también a un proceso quirúrgico

inevitable, pero que, en esa segunda intervención, había logrado solucionar el problema (por fortuna, para siempre). La pesada carga que transportaba cual penitente en procesión en los últimos meses se desprendía de mi cuerpo y de mi mente, todo en uno, con la fuerza de decisiones valientes y la precisión de afilados bisturíes. La liberación me permitía entrar en el año nuevo con una ligereza, en general, que no recordaba. Desde que había vuelto con Gema, el bucle de problemas en el que estaba sumido me tenía dando bandazos a diario de la angustia a la ansiedad sin pasar por la tranquilidad apenas un poquito... La alegría, prácticamente ausente en el día a día, no tenía legitimidad ni para quedarse un rato: la tristeza, estrella sin parangón, la empujaba celosa del escenario, sin miramientos, cada vez que esta aparecía en escena. No fueron años de una dureza extrema, pero se hicieron muy pesados. Dieron poco margen al respiro. A la paz. Ahora, sin compromisos que me hicieran sentirme atado a una realidad en la que hacía tiempo que no me veía, y con la salud al cien por cien, la vida volvía a tener color.

*Una foto en blanco y negro*, de El Canto del Loco, hubiera encajado en aquellos días de diciembre como banda sonora de un tiempo pasado que nunca será mejor. Necesario, sí. Perfecto, porque no había otro... mas nunca mejor. El gusto por la dramatización de lo que me pasaba, a la hora de, por ejemplo, encontrar en lo cotidiano casualidades que justificaran que las cosas que me sucedían tenían un sentido trascendental y profundo, es algo que aún me pasa, pero menos, y cuya intensidad de entonces ha ido disminuyendo con la experiencia; algo así como percibir lo casual dando carácter de leyenda a lo vulgar, tiñéndolo de causa. Pero en aquel ahora, la épica de mi paja mental quijotesca me hacía regocijarme en mi charca, de vez en cuando, para que el ego adornara los tiempos pretéritos con lágrimas que pudieran auparle en el presente a un «me lo merezco». Nunca he probado las drogas, palabra, pero ese chute de victimismo puntual me metía un «viaje» al que difícilmente se podía renunciar (*spoiler*: ya «solamente me pongo de vez

en cuando», y cada vez menos; de tanto practicar, ahora, cuando me entra el «mono», no me cuesta darme cuenta de ello y tiro a la basura la autocomplacencia. Es el mejor antídoto). Toxicómano emocional. Eso era. Drogarse debe de ser algo así. Lo que me esperaba a partir de ahora, en cambio, me pedía otra banda sonora. Algo más alegre, sin duda. Tampoco se puede dejar de ser lo que uno es en esencia. Del victimismo más simplón a mantener ese carácter profundo en la forma de pensar, ya había una evolución. Por eso, en mi hilo musical de cabecera tenía sitio la música Indie española, con la que tanto me identifico, pues aunque esta tenga también algo de victimismo, en mi estado primaba, por encima de todo, la sinceridad con mis emociones y la asertividad para conmigo en aras de no comprarme mis propias reacciones. No podemos evitar que la música (como el arte, en general) se desprenda del desamor (cuanto más dramático, mejor) como fuente de inspiración. ¿Quién demonios escribe algo desgarrador cuando está contento, cuando está enamorado? Cuando está enamorado, ¡uno hace el amor! Y cuando está contento, folla mucho; o folla mucho, y eso le pone contento... ¡Es igual! (Bueno, no es igual, pero qué más da). A la sintonía de mi vida le encajaban temas de pop español de siempre, pachanga, bachata o música disco... ¡Un poco de todo, eso era lo de menos! De aquí en adelante, en esta nueva realidad habría momentos que adornar con multitud de sintonías; lo que no habría, sin duda, sería espacio para volver a meterse en el barro. Tocaba recuperar el equilibrio.

Soltero, en Madrid, rondando los treinta, con un entorno sano, tanto familiar como social, y un trabajo divertido y bien remunerado (un entrenador personal que empezaba a tener cierta popularidad en la capital, trabajando en uno de los clubes más elitistas). A punto de dar un paso crucial en mi carrera, que podría llevarme a cumplir un sueño: tener mi propia empresa en el mundo del *fitness*. Obviamente, siendo el *fitness* mi profesión, contaba con un saludable físico. Y me sentía guapo, no te lo voy a negar. Aunque nunca había sido un ligón. Por un tiempo, incluso fui un patito feo.

Precoz, la verdad, en casi nada. Con las mujeres no iba a ser una excepción. Había tenido mis rachas. Mis ciclos. Para hablar de esos ciclos habría que explicar que las primeras experiencias sexuales («escarceos» sería mucho más honesto), tardaron en llegar. Yo diría que hubo un primer periodo con una explosión de autoestima antes de la adolescencia, fruto del éxito entre mis coetáneas, seguido de un tremendo bajonazo en los años de instituto, más por aquella autoestima derrumbada que por una realidad tangible. En mi universo paralelo (paralelo a la propia realidad que los demás vivían en mi presencia, y, cuya percepción, muy diferente a la mía, me transmitieron muchos de mis amigos y familiares pasados los años), el crecimiento desproporcionado de unas partes de mi cuerpo frente a otras se unía a la morfología cambiante de un pelo que había tornado su lacia forma de la niñez, rubia, natural, hacia una onda ingobernable, con mucha mala hostia, capaz de adoptar las formas más insospechadas e imposibles de rectificar, y a un ejército de acné que poblaba mi, hasta ahora, incólume y virginal faz, para hacer añicos la barrera defensiva de mi dignidad. Ante mis ojos, el espejo era una tortura; el ego se escondía debajo de una melena, cada vez más larga, que ocultaba un rostro del que no me sentía orgulloso. Solo el tiempo dejaría entrever las oportunidades perdidas del pasado para enseñarme que la belleza está en muchas partes, pero que solo parte de un lugar...; el segundo periodo o ciclo llegó con la pérdida de la virginidad, a la que se le unió la concatenación de un par de relaciones largas. La necesidad de seguridad se cubría con lo que aportaba el «amor» de alguien, «incondicionalmente» (mi primera pareja, en ese caso: alguien que se identificaba conmigo; compañera a la que la auténtica «sota de copas» *in person* le parecía el tipo más guapo del mundo...); esa necesidad seguía poniendo de manifiesto una exagerada falta de amor propio que, sin embargo (y menos mal) con la propia seguridad en aumento por el amor de esa otra persona, en una retroalimentación positiva, poquito a poco, pudo emerger de donde estaba escondido. Cuando aquella relación se agotó, la soltería no aumentó el número de

experiencias. Más bien al contrario. Seguía en mí esa desconfianza, esa autopercepción fundamentada más en el valor que me otorgaba el prójimo que en la propia fe en mí mismo. No había avance. Por ello no hubo muchas relaciones después de la primera novia formal, ni largas ni cortas; ni efímeras ni puntuales (hubo pocas, poquísimas, contadas con los dedos de la mano); pero, con mucho optimismo, queriendo ver las cosas con la mejor de las perspectivas, al fondo, muy al fondo, se atisbaba otro cambio de ciclo. Se empezaba a ver la luz. Con Gema, la ex que coprotagoniza este primer capítulo, la fuerza que el cabello otorgaba a Sansón, y que perdería con su rapado, actuó en mí de manera inversamente proporcional con el corte de pelo que me di al empezar a salir con ella (motivado por ella misma, a la que no le gustaba nada aquella sota de copas tan atractiva para la anterior. Esta tenía mejor vista que la primera, todo hay que decirlo...); una Dalila, Gema, más de dar que de quitar (pues al quitarme el pelo me dio poder), que me hizo sentir que, debajo de ese cascarón de melena alisada, alguien estaba esperando para ser descubierto. Y vaya si lo sentí. Los años con ella tuvieron su punto de inflexión en el momento en el que decidí dejarlo por un tiempo, un tiempo indeterminado fruto de la falta de coraje para decir adiós definitivamente. Todo un clásico del cobarde que espera que las cosas se mueran solas, para qué nos vamos a engañar. Algo que se debería enseñar en las escuelas. Cuando dejar una relación entre a formar parte del abanico de tus opciones, amigo, valora que las cosas hayan llegado a su fin. Uno puede arreglar algo cuando piensa en arreglarlo, no cuando piensa en romperlo. Y yo sentía que esa etapa había que romperla. Que todo había terminado. La atracción que sentía por otras mujeres se veía correspondida y la fidelidad era un asunto que empezaba a enquistarse. Respetar a mi pareja (es decir, no acostarme con otra mujer), apoyado en la fuerza de mi moral, no evitaba que, lo que en el fondo me apetecía, es decir, conocer a otras mujeres, rubricando así el éxito que hasta ahora no había tenido, si no se llevaba a término, si no se consumaba, no fuera por falta de ganas, sino por ese

pacto no escrito, por ese tácito acuerdo, por ese respeto implícito a la norma social; no a mí, ni a mis valores, aunque yo lo vistiera de ellos, en mis justificaciones para conmigo mismo, sino a una reprobable conducta condenada de puertas afuera por el entorno; por la culpabilidad, por la cultura del pecado, por el hecho, solo, de hacerlo por estar en pareja: nunca porque no lo deseara con todas mis fuerzas. Y eso me molía por dentro.

Algo había cambiado, desde luego. Pero esa metamorfosis plausible tampoco satisfacía del todo. Todas esas facturas impagadas de tantos años de prejuicios, todas esas cuentas pendientes con chicas de la adolescencia, compañeras de instituto, colegas de trabajo, o amigos del pueblo que quedaron en el platónico limbo de la imaginación, del pensamiento que no delinque, se sacaron del fondo de las cajas apiladas en el armario del trastero, se desempolvaron y se ordenaron para ser acometidas sin dilación, y todas seguidas, de golpe y porrazo, cuando, por segunda vez, y ya definitiva, en aquella cena, Gema y yo nos separamos. Fue ahí donde tomé las riendas de mi vida. Era el momento de intentar revivir aquellos romances dados por perdidos (aún recuperables) y experimentar todo el potencial cuántico de los que quedaban por venir. El patito feo, ahora, se veía guapo, más guapo que nunca, tenía un cuerpazo de gimnasio, y estaba soltero y sin compromiso, con unas ganas inmensas de vivir... Los dilemas morales que me habían conducido, hasta entonces, a decir que no a lo que, en mis tripas, en mis deseos más profundos, en mis instintos más primarios, tenía solo una respuesta (último escollo para mi liberación amorosa y sexual), habían quedado en la basura de aquel frío quirófano del pasado diciembre. Comenzaba una nueva era.

